

NOTAS SOBRE EL ANÁLISIS DE LOS DISCURSOS TEÓRICO-POLÍTICOS

133

"Hasta entonces había creído que todo libro hablaba de las cosas, humanas o divinas, que están fuera de los libros. De pronto comprendí que a menudo los libros hablan de libros, o sea que es casi como si hablasen de entre sí."

Umberto Eco. *El nombre de la rosa*

Jesús Rodríguez Zepeda*

El análisis tradicional del discurso teórico de la política ha partido siempre, con un notable principio realista, de las condiciones sociales aledañas a la producción de un texto para mostrar la correspondencia e imbricaciones históricas de éste.¹ Con mayor o menor fortuna, según haya sido el caso, este tipo de análisis se ha propuesto mostrar que el orden de sentido más relevante del texto reside, justa-

*Área de Filosofía de las Ciencias Sociales. Departamento de Filosofía UAM-Iztapalapa.

¹Cualquier historia del pensamiento político o introducción a obras de filosofía política son ejemplos al respecto. Véanse, sólo para ilustrar la tendencia, la *Historia de la teoría política* de G. Sabine (F.C.E., México: 1975), *Los grandes textos políticos* de J.J. Chevallier (Aguilar, Madrid: 1972) o la "Introducción" de Rodríguez Aranda a la versión castellana del *Ensayo sobre el gobierno civil* de John Locke (Aguilar, Madrid: 1969).

mente, en aquello que por su situación ha sido denominado "contexto". La argumentación resultante de esta perspectiva, necesario es reconocerlo, ha cumplido un papel muy destacado en la comprensión de la discursividad política, pues ha permitido avizorar alguno de los lazos que unen producción intelectual y organización y vida sociales, resaltando sobre todo el carácter no independiente de los productos teóricos. El tipo de enunciados que se derivan de este estilo de análisis de discurso, tienen un marcado sesgo sociologista, y pueden ubicarse sin mayores dificultades en el terreno de la denominada "sociología del conocimiento".² En el caso de sus mejores logros, esta tradición nos ha permitido entender, por ejemplo, la relación entre el nacimiento de las realidades estatales en el siglo XVI y la obra de Maquiavelo, o entre el ascenso al poder de la burguesía terrateniente inglesa y las proposiciones políticas de John Locke en los finales del siglo XVII, para mencionar sólo dos momentos privilegiados.

El marxismo, pese a su enorme variedad de vertientes y discusiones internas, fue acaso el que más fortaleció esta perspectiva. Aun sus versiones más cuidadosas de lo epistemológico, como fue el caso de althusserianismo, no se abstuvieron de postular la dependencia de la discursividad teórica de las relaciones de producción o relaciones entre clases sociales. Y es que Marx, en uno de sus más relevantes argumentos, había señalado que la comprensión de los fenómenos de conciencia suponía, de manera obligatoria, la comprensión de las relaciones económicas del sistema social de interés. Tal argumento, que llegó a simplificarse en el esquema topológico de la relación entre la estructura y la superestructura y formas de conciencia que le acompañan,³ orientó el trabajo de los marxistas hacia una constante atención a los lazos de determinación de lo teórico por lo social (y, privilegiadamente, por lo económico) en detrimento de los desarrollos autónomos en los órdenes sintácticos de los niveles considerados superestructurales. Lo anterior, no eliminó del horizonte de los seguidores de Marx la preocupación por la especificidad de los niveles no económicos o no materiales, pero las soluciones propuestas, por ejemplo basadas en la noción engelsiana de "autonomía relativa," se redujeron a ser soluciones verbales que sólo desplazaban el problema sin resolverlo.

El aporte heurístico de la idea de determinación de lo estructural sobre lo superestructural ha sido artificialmente magnificado; y se ha convertido, de una clave para la mejor comprensión de la discursividad teórica, en un verdadero "obstáculo epistemológico" que nos oscurece la naturaleza de lo conceptual. Cuando algún autor, al modo de Foucault o de Lévi Strauss, ha intentado analizar la discursividad, teórica o mitológica según el caso, la acusación marxista siempre denuncia la recusación, olvido o subordinación de las relaciones determinantes de lo económico a un elemento de la superestructura. De modo inverso, cuando un mecanicista y esquemático trabajo al modo de la *Sociologie du roman* de L. Goldmann afirmaba esta determinación, se celebraba el gran aporte de una teoría (la marxista) que permitía la exégesis mate-

²Aunque la paternidad rigurosa de esta disciplina sólo se puede atribuir a Mannheim, cierto es que desde Marx ya se había insistido sistemáticamente sobre la determinación social del conocimiento.

³Vid. MARX, Karl. "Prólogo" (de 1859) a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo veintiuno edit., México, 1980.

rialista de entidades tan fantasmales y difusas como la producción literaria.

En este horizonte, los aportes de la lingüística, la semántica, la pragmática, las distintas versiones del análisis sintáctico del discurso (al modo de Harris o de Ducrot), las variantes más desarrolladas de la filosofía del lenguaje (orientadas por las *Investigaciones filosóficas* de L. Wittgenstein); las investigaciones de formalistas y estructuralistas y los análisis tardíos de Foucault, para mencionar algunas de nuestras propuestas de investigación más heurísticas sobre los "fenómenos" teóricos, fueron generalmente soslayados cuando de reformar la explicación sociológica de la teoría política se trataba. La imagen topológica heredada de Marx seguía pesando en demasía. El lenguaje (y en particular el lenguaje teórico de la política) no pasaba de ser, en la mayoría de tratamientos de corte marxista, sólo la expresión de instancias estructuralmente —y acaso deberíamos decir ontológicamente— (más) determinantes.

135

El estilo de exposición (la forma) que esta perspectiva impuso a los análisis de los discursos teórico-políticos es, curiosamente, inconsistente con la idea de determinación de lo estructural sobre las entidades teóricas. Esta inconsistencia, manifiesta en un orden expositivo que se obligaba a marcar necesaria y previamente el contexto para alumbrar el sentido del texto, tiene su origen en la incapacidad teórica para demostrar cómo relaciones específicas de la estructura dan lugar a conceptos teóricos también específicos. La consecuencia es que, con una grave ingenuidad teórica, el "orden de la exposición" reproduce la escisión entre texto y contexto que la metáfora topológica había pretendido superar. De este modo, y de manera no intencional, se trata al conjunto de enunciados en que un texto consiste como un sistema independiente y sólo se establecen relaciones de concomitancia con los procesos sociales. Los calificativos de "burgués" o "pequeño burgués", por usar como ejemplo un par de enunciados de los más socorrido, que pretenden subsumir discursos teóricos en el nivel y lucha de las clases, no sólo no dan cuenta del orden discursivo de los textos, sino que, incapaces de desmontar y explicar una sintaxis teórica, los dejan "intactos" en tanto que fenómenos de sentido. La explicación es, pues, de orden abstracto; pues cuando se considera que los órdenes discursivos son expresiones (reflejos o redimensionamientos) de órdenes más esenciales, se pierde de vista la especificidad y materialidad de lo textual.

Lo teórico-político, entendido como epifenómeno de lo económico-estructural, no aparece con toda su riqueza de determinaciones en la perspectiva de la sociología del conocimiento. Esta situación ha impedido que un tipo de reflexión orientada a determinar la pertenencia social de lo discursivo pueda prevalecer por sobre la imagen lógica y coherente que las versiones internalistas del desarrollo de lo teórico ofrecen. Ésta y no otras razones explican por qué una teoría tan pobre e inconsistente como la del "tercer mundo" de Popper haya venido a resultar tan atractiva en los últimos años. Por ello debería ya empezar a ser claro que el fracaso de los intentos sociologistas en este terreno no representa (o no debería representar) un aval para el retorno a un internalismo que ya Kunh en 1962, a veces a un nivel meramente intuitivo, había logrado superar.

La hipótesis que quisiéramos defender en este trabajo es, de entrada, producto de una visión multilateral; suponemos que no hay en ella

eclecticismo en la medida en que integra los sistemas conceptuales en que se funda una mera sumatoria, aunque se trate de reflexiones originadas en tradiciones muy distantes entre sí. De un modo esquemático señalaremos cuatro ideas guía que remiten, respectivamente, a cuatro programas de investigación. La primera de ellas está tomada de Michel Foucault; de acuerdo con él defendemos la idea de materialidad de lo discursivo, esto es, el carácter positivo y productivo que lo textual posee y que, aunque no total mente, le permite organizar relaciones efectivas en niveles no discursivos. Una segunda aportación la recogemos de Ludwig Wittgenstein, en particular de sus "conceptos" de *juegos de lenguaje y mundo de vida*; en ellos hemos creído hallar razones suficientes para reconsiderar las opiniones tradicionales acerca de los sistemas teóricos y sus vínculos con el conjunto de las relaciones sociales. Una tercera idea guía proviene de Ducrot y, más directamente, de André Colliot; para ellos, el orden sintáctico de la discursividad anida ya, en su propia organización lógica, las «marcas» sociales y los «tópicos» o «pre-constructores» que pueblan el imaginario colectivo de una sociedad (aunque ellos han desarrollado esta hipótesis en el análisis de los discursos de diccionario, nosotros pretendemos hacer valer su perspectiva para la discursividad teórica). Por último, intentamos recuperar lo que, previa justificación, llamaremos el «método de los modelos» de C.B. Macpherson y que es, en nuestra perspectiva, una de las más consistentes aportaciones para la construcción de una epistemología de la discursividad política.



Considerando los elementos citados podemos, también esquemáticamente, proponer lo que entendemos como notas características de la discursividad teórica-política:

a) El discurso teórico-político no *representa* o *expresa* niveles distintos que él. En él existe una lógica conceptual - o sistema conceptual- irreductible a la lógica o funcionamiento económico, político, cultural, ético, o de cualquier otra estructura de relaciones sociales. Esta lógica conceptual no se halla desconectada de los acontecimientos sociales, pero su operación no está determinada por ellos.

b) El discurso teórico de la política es material, en el sentido de que su pura existencia genera efectos materiales, es decir, efectos de sentido. Esto supone que podamos abandonar la idea de que lo material equivale a lo empírico, a lo natural, o a lo registrable y codificable. En la propia interpretación del materialismo histórico cabe considerar la llamada producción material como producción de sentido. Las relaciones materiales no tendrían por ello que ser reducidas a relaciones económicas. Si definimos, pues, la materialidad en el horizonte de la significatividad, no deberá extrañarnos que algo tan incorpóreo como la discursividad teórica sea considerado como positividad, como producción de sentido no existente previamente. La materialidad del discurso implica, sobre todo, efectos (transformaciones en el propio lenguaje, articulación de relaciones prácticas, reestructuración de otros espacios de significatividad, creación de esquemas conceptuales cuyos elementos se objetivan en los "imaginarios" colectivos, entre los más destacados). No es claro aún, por cierto, cómo los cambios teóricos intervienen en los cambios políticos, pero podemos razonablemente suponer interiorizaciones subjetivas de significaciones originadas conceptualmente: el concepto de legitimidad es un caso privilegiado, pero se podrían hallar muchos otros ejemplos de cómo la producción discursiva⁴ instala nuevas significaciones en el horizonte de la vida social.

c) El discurso teórico de la política guarda, en su urdimbre conceptual, las "marcas" del universo de significación desde el que se enuncia. Estas "marcas" no agotan el orden discursivo, pero lo definen en cuanto a su pertenencia histórica. Estas "marcas" son los tópicos de cada época. Se trata, pues de "preconstructores" sociales que aparecen en el discurso sin mayor necesidad de justificación, pues ésta ya les ha sido otorgada en el propio universo de significación (mundo de vida). Un ejemplo de esto podría ser la hipótesis (*ad hoc*) del dinero que introduce Locke⁵ para explicar/justificar el paso de la universidad a la particularidad en el derecho de propiedad. La influencia social es clara: Locke estaría por la defensa de un sistema de acumulación de riqueza no limitado; pero esta defensa tenía que hacerse a un nivel conceptual, esto es, precisamente como hipótesis. El orden discursivo no contiene una dualidad constituida por elementos meramente teóricos y elementos extrateóricos (intereses, pertenencia de grupos, ideología) como algunos

⁴El concepto de "producción discursiva" tendría también que ponerse en duda. Braudillard en *El espejo de la producción* (Siglo veintiuno editores, México) sostiene que su pura enunciación supone todavía un compromiso con la visión productivista del mundo heredada de, entre otros, Marx. Empero, en el terreno en que deseamos argumentar, la idea productivista en un sentido amplio nos proporciona un notorio rendimiento explicativo.

⁵Vid. *Ensayo sobre el gobierno civil*, Cap. V.

autores han sostenido,⁶ sino que en su organización es inseparable lo teórico de la pertenencia social. En realidad, es un ejercicio inútil tratar de discriminar entre lo teórico y lo histórico al interior del discurso, toda vez que la teoría es, simultáneamente, organización conceptual y fenómeno socio-histórico. La sintaxis teórica (el sistema de orden lógico) de los discursos de la política transparenta el orden y proyecto sociales desde que se enuncia, pero a la vez ocupa su propio terreno en forma constantemente "exclusiva". La "autonomía" del discurso teórico consiste, pues, en la producción especializada de sentido al interior de un juego de lenguaje ("contruir teorías" es un juego de lenguaje: Wittgenstein) que está enlazado con otros jugos aledaños con los que comparte un "aire de familia" en el marco de un "mundo de vida" (no subjetivo) o estructura social de significaciones.

d) El discurso teórico de la política se puede concebir, *en términos meramente analíticos*, como la intersección de dos "ejes" de sentido: uno teórico y otro contextual. Al primero correspondería propiamente la estructura conceptual, y consistiría en lo que generalmente ha sido entendido como "tradición" o "problemática". Así, el iusnaturalismo contractualista de los siglos XVII y XVIII, organizado conceptualmente en los discursos de Hobbes, Locke, Rousseau e incluso Kant, aparece como un terreno teórico común que permite la producción de categorías cuyas correspondencias básicas se dan con la estructura conceptual y no con los fenómenos políticos, culturales o históricos del momento histórico. Este "eje" es el que el internalismo ha considerado de manera unilateral,⁷ y al que ha adjudicado, por ello, una dinámica propia. El segundo eje, el contextual, no puede ser concebido como "telón de fondo" material para eventos de naturaleza distinta (acaso espiritual). El contexto de lo textual es, también, una estructura de sentido. No es un conjunto de prácticas o hechos específicos, es, más bien, una estructura *prediscursiva* de significados. El contexto, para ser un elemento con redimimiento teórico, no puede ser asimilado a fechas, biografías, accidentes individuales y todo lo que el internalismo juiciosamente despreció por considerarlo parte del "contexto de descubrimiento". El contexto tendrá por ello que ser comprendido como "mundo de vida" o estructura de significaciones sociales. Una tal recuperación del contexto en este sentido puede ser intentada con un método como el "de modelos de sociedad" de C.B Macpherson.

e) C.B Macpherson, a lo largo de varias de sus obras,⁸ ha constituido un modelo de comprensión para la producción teórica política. Se trata de un método que trata de mostrar que las sintaxis teóricas de autores como Hobbes, Locke, Harrington, Burke, y los liberales de los siglos XIX y XX, pueden ser comprendidas a partir de "modelos" heurísticos de am-

⁶Vid. Pereyra, Carlos. "Historia ¿para qué?" en *Historia ¿para qué?*, Siglo veintiuno editores, México. "...unos son los criterios conforme a los cuales el saber... prueba su legitimidad teórica y otros, de naturaleza diferente, son los rasgos en cuya virtud este saber desempeña cierta función y resulta útil más allá del plano cognoscitivo." (p. 11).

⁷Un caso notable de esta tendencia es Cassirer. En su libro *El Mito del Estado* (FCE, Col. Popular) se puede encontrar el desarrollo unilateral mencionado.

⁸Vid. *The political theory of possessive individualism*, Oxford University Press, *Democratic Theory*, Oxford University Press, *La democracia liberal y su época*, Alianza edit., *Burke*, Alianza edit.

plio rendimiento. Estos modelos, que en el caso de Macpherson son modelos de sociedad posesiva de mercado, de democracia o de orden tradicional y orden moderno, no pretenden asumir compromisos ontológicos, sino erigirse como contrafactuales (meros constructos teóricos) que alumbren la lógica interna y pertenencia social de los discursos analizados. Si hubiera que buscar un referente conocido para comprender la naturaleza de estos modelos, acaso lo mejor sería identificarlos con los "tipos ideales" de Max Weber,⁹ pues se elaboran a partir del desarrollo unilateral de elementos relevantes de la vida social y constituyen un cuadro coherente y no contradictorio (ideal) de las relaciones que se pretende explicar. Los modelos de Macpherson obligan a ciertas condiciones básicas para su postulación: 1) han de poseer coherencia, no sólo para explicar la organización de lo que aquí hemos llamado el eje textual, sino para resolver las inconsistencias discursivas apelando al contexto como matriz de sentido; 2) han de constituirse recuperando los "tópicos" de la vida social y mostrando cómo están presentes en la estructura discursiva; 3) han de salvar, dada su estructura lógica y su no compromiso ontológico, la especificidad de lo discursivo, pues no postularán que éste es reductible a otras dimensiones; y 4) deberán suponer lo "no dicho" en el texto por relación al contexto, esto es, practicar un ejercicio de interpretación que bien podríamos definir como una "hermenéutica del discurso político".

Las tesis aquí enunciadas no pretenden sino abrir la discusión e impulsar investigaciones acerca de lo teórico-político. Son, como podrá observarse, propuestas inacabadas que están sujetas a la crítica y al debate. En lo que acaso deba insistirse es que pretenden constituir un programa de investigación que atienda mínimamente a algunas de nuestras perplejidades intelectuales.

⁹Vid. Weber, Max. *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Edit. Península, *Economía y Sociedad*, FCE.

